

ra de independencia, y adonde iban á pelear de nuevo para establecer una república. Entónces fué cuando el magnánimo general Guerrero, recibió en defensa de la causa del pueblo aquella herida que habria terminado pronto con su gloriosa vida, si la faccion borbonista no hubiera abreviado su existencia con un crimen, con una alevosía atroz de que no hay otro ejemplo en nuestra historia. Entónces fué cuando el general Santa-Anna, siguiendo los instintos de su corazon, proclamó la república en Vera-Cruz y cuando la proclamaron tambien otros jefes. A ellos se adhirieron traidoramente algunos monarquistas para conspirar despues. Hicieron entónces con la república lo que el discípulo que imprimió un osculo en la mejilla de Jesus para entregarlo á sus verdugos. La república se estableció, consumándose así la grande obra por cuya realizacion combatieron Hidalgo y Morelos, y tantos héroes y tantos guerreros que no lucharon por tanto tiempo para fundar un trono, que no presentaron sus nobles cuellos á la hacha del verdugo, para que un rey viniese á ostentar su magestad en un suelo consagrado con la sangre de tantos mártires, de tantas víctimas sacrificadas por el orgullo y la venganza de los reyes. Cuando un pueblo ha conquistado su nacionalidad con solo sus esfuerzos, cuando ha logrado consumir su independencia con solo su valor, cuando este pueblo, en fin, al pelear por la libertad no ha recibido de la aristocracia, sino ultrajes, denuestos y desprecios, sería para él mas que ignorancia abdicar el poder y la magestad en las manos de un rey y erigir un trono solamente para sastifacer con su ruinoso esplendor el orgullo y vanidad de algunos nobles. ¡Ah! ¿Qué hacian los reyes, que hacian los gabinetes de Europa, cuando el pueblo de Hidalgo levantaba trincheras por todas partes, daba batallas y luchaba, como el gladiador, lleno de heridas y cubierto de sangre por conquistar su independencia? Aquellos gabinetes calculaban entónces fria-

mente sobre las ventajas que un dia proporcionarian al comercio de Europa, las colonias independientes. ¿Qué rey interpuso entónces su cetro entre los verdugos y las víctimas, entre el señor y el colono, entre el opresor y el oprimido? ¿Qué príncipe de Europa vino entónces á ofrecernos su espada, y su valor, para sostener una causa que no tenia otro apoyo sino el brazo del pueblo y la proteccion del Dios de la justicia.

Y ahora se quiere, señores, que un rey y algunos nobles extranjeros vengan á dar lecciones de valor y de patriotismo, lecciones de virtud y de sabiduría á un pueblo que por sí solo consumó la independencia, que por sí solo conquistó su nacionalidad, y que aleccionado con grandes infortunios, tendrá bastante dignidad y bastante cordura para gobernarse por sí mismo. Mas ha de veinte años que las discusiones civiles agitan á este pueblo, y sin duda que en estas turbulencias ha consumido en mucha parte su sangre y su vigor, y ha sufrido calamidades y miserias; pero ni su caracter ha degenerado, ni retrogrado su civilizacion, ni ha corrompido sus costumbres durante esa lucha intestina y prolongada, ni mucho menos se ha entibiado su fé por la república, como pérfidamente lo han dicho en nuestros dias, los monarquistas. Estos hombres, para quienes la independencia ha sido un crimen, para quienes la nacionalidad de México un cisma, estos hombres, que llamando al pueblo, soberano, por ironía, solamente han querido hacer un rey de burlas, estos hombres, que detestan el dogma de la igualdad, y que quisieran restablecer en nuestro país la distincion de castas para dar superioridad sobre ellas á un puñado de nobles despreciables, estos hombres que ha mas de veinticinco años promueven nuestras discordias ó se mezclan en ellas solamente para hacerlas atroces y sangrientas: estos hombres, en fin, cuyas doctrinas anti-populares y retrógradas, han sido el mayor obstáculo que se ha opuesto á la consolidacion de la re-

pública, creyeron al fin que habia llegado el día en que podian proclamar sin escándalo, su plan de monarquía y han arrojado esta tea incendiaria en el seno de la república; han provocado con ella la desunion y la discordia, precisamente en los momentos que mas se necesitaba de una estrecha union, de un generoso olvido de todo lo pasado para repeler del territorio de la patria á los invasores extranjeros. Parece que esos hombres despertaban de un sueño de veinticinco años, durante el que una nueva generacion enteramente republicana se habia formado sin que ellos hubiesen podido percibirla, y la pasada generacion educada en las máximas de la monarquía, habia bajado ya á la tumba con sus errores, con sus preocupaciones de reconquista, con sus delirios de aristocracia y de realismo, Y esos hombres despiertan ahora de su letargo, hablan de nobleza y de sangre real, de títulos y de distinciones de castas, de inviolabilidad real y de poder hereditario á una nueva generacion que no comprende ese lenguaje, á la generacion que nació bajo la sombra de los laureles de Hidalgo y de Morelos; que vió resplandecer en las batallas la espada victoriosa de Matamoros y la formidable lanza de Galeana, á una generacion que ha presenciado los mas bellos días de la república; que ha visto volver á sus águilas de Tampico, vencedoras, entre los aplausos y aclamaciones de un pueblo trasportado de admiracion y de contento, á una generacion, en fin, educada bajo las máximas de igualdad, y que mil veces se ha rodeado de las tribunas para escuchar en ellas máximas de libertad, doctrinas de progreso.....Pero no: esa faccion que parecia alestargada, no ha dormido jamás, no ha cesado un solo instante de maquinari la ruina de la república. Creyó que la nacion estaba agonizante, y se lanzó sobre ella, como el verdugo sobre su víctima; pero siempre traidora, siempre cautelosa, esa faccion heria á la patria, tributándole al mismo tiempo fingidos ho-

menajes; hacia lo que los asesinos de César, que le saludaban y doblaban la rodilla ante él, al mismo tiempo que hundian el puñal entre sus entrañas. Esa faccion ha querido cubrir con un velo de sangre todas las glorias de la nacion, y acumulando sobre ella todo género de imputaciones y calumnias, ha querido presentar á México ante el mundo entero como un pueblo que despues de su independencia ha degenerado, que se ha envilecido y que no es ya mas que un objeto de burla y de desprecio. Imposible parece que sean mexicanos los que así han querido hacer de los infortunios de su patria un objeto de iricion, los que lejos de disculpar sus debilidades y extravios los han exagerado, para presentarlos ante todos los pueblos como crímenes por los que debian indignarse la civilizacion de las naciones.

Cuando Noé se embriagó con el fruto de la viña, cayó en medio de su tienda en una vergonzosa desnudéz: Cham, su hijo, lo vió, y lejos de ocultar el oprobio de su padre, salió luego á contarlo á sus hermanos, mas Sem y Japheth, hijos de Noé, andando hacia atrás, entraron á la tienda de su padre, y hecharon luego sobre él una capa para no ver la desnudéz del anciano y su miseria. Cuando Noé despertó y supo lo que sus hijos habian hecho, maldijo á Cham y llenó de bendiciones á los hijos que habian cubierto la afrenta de su padre. ¡Malditos sean, pues, como Cham, los hijos de la patria que han querido presentarla ante el mundo, desnuda, deshonrada y llena de miserias, benditos sean, los que han procurado cubrir sus extravíos como Sem y Japheth cubrieron á su padre. De mil maneras han procurado los monarquistas difamar á la nacion, culpándola de todas las calamidades de las revoluciones, sin conceder nada al imperio de la necesidad, que para todo cambio exige inevitablemente aquellos males; sin hacer tampoco mérito de lo que ha habido noble y generoso en esas mismas

revoluciones, que entre sus estragos, dejan tambien algunas veces grandes beneficios. Para los monarquistas, la nacion no estaba todavía en 1810 bastante civilizada para proclamar la independencia, y se debió haber diferido esta proclamacion por largo tiempo. En concepto de ellos, la guerra de independencia fué una rebelion sin plan y sin designios, y la nacion y sus ilustre caudillos, fueron culpables de los estragos y atrocidades de todo género, causados en el país por aquella guerra. En 1810 la clase media y las clases mas elevadas de México, estaban tanto ó mas civilizadas que las mismas clases de España, y por lo que hace al pueblo, en uno y otro país se hallaba poco más ó ménos igualmente atrazado en civilizacion. ¿Cómo, pues, podia disputar la España á México el derecho y la capacidad de hacerse independiente? Solamente la raza india estaba en el último grado de ignorancia, de abyeccion y de miseria; pero esta raza desdichada, esta especie de Párias, proscriptos en cierto modo de la misma sociedad á que pertenecian; esta raza que habia sido sistemáticamente embrutecida y humillada por el gobierno español; esta clase infeliz á la que se habia reducido á un estado constante de tutela y minoria, que cerca de tres siglos habia sido casi tan esclava como los Iotas en Esparta, esa grande familia humana de color cobrizo, que llevaba todavía en su frente la marca del abatimiento á que los monarquistas la habian reducido; ese pueblo cuya antigua civilizacion fué destruida por los bárbaros soldados de Cortés, para no ser sustituida por otra alguna, y al que no se enseñó el cristianismo en su pureza, sino que se le dejó sustituir supersticion por supersticion y esterilidad por esterilidad, hasta el grado de hallarse todavía á principios del siglo actual, pueblos verdaderamente idólatras á inmediaciones de esta capital; esa clase indígena, en fin, estaba preparada mas que cualquiera otra para la independencia, por el odio

implacable con que justamente veia á sus opresores. Por eso los indios que parecian ya anonadados por la sevidumbre, se levantaron iracundos á la voz de Hidalgo, y con prodigiosos hechos de valor, manifestaron al mundo que eran los descendientes del intrépido Guauhtemotzin; que eran de la raza de aquellos que pelearon en Otumba, que arrojaron de México á los conquistadores en la famosa *noche triste* de gloriosa memoria para aquel pueblo; que eran en fin, la posteridad de aquellos guerreros que sostuvieron en la antigua Tenoxtitlan, un sitio casi tan honroso y tan sangriento como el que sufrió Jerusalem, asolada hasta no quedar en ella piedra sobre piedra, segun la hermosa espresion de Jesucristo. De indios, eran en su mayor parte aquellas masas de hombres que bramaban, como la tempestad en los campos ensangrentados de Aculco y Calderon. Indios fueron tambien los que sufrieron un glorioso sitio en el lago de Chapala, y que no cedieron hasta obligar á entrar con ellos en capitulacion á un español sanguinario, astuto y orgulloso. Indios fueron, muchos de los que pelearon al lado de Morelos, indios tambien aquellos á quienes un cura atroz hacia quemar con sus familias, incendiando sus hogares y chozas miserables.

¿Y qué habrian tenido que esperar del tiempo esta raza infeliz? ¿Qué habrian tenido que esperar de España, todas las clases de la sociedad para mejorar su suerte y adquirir una civilizacion, que en la misma península tan lentamente ha progresado? ¿Y no hemos visto á esa misma España durante la época de nuestra guerra de independencia y de nuestras disensiones civiles, no la hemos visto agitada desde el ministerio de Godoy, conmovida desde los sucesos de 1808, destrozada como nosotros por la guerra intestina, entregada unas veces á la anarquía y sometida otras á un poder arbitrario, á un poder *in limites ni valladar*, á un despotismo verdaderamente hu-

millante y desastrozo? Habremos olvidado acaso los movimientos tumultuosos de Aranjuez, la abdicacion forzada de Carlos IV, la fuga de los reyes, la prision en Francia del príncipe de Asturias y de sus hermanos, la humillacion de aquellos príncipes ante Napoleon y tantos hechos que desmienten de la manera mas indudable, la supuesta firmeza de las monarquías y la soñada inviolabilidad de sus monarcas? En esa misma España, hemos visto multitud de juntas supremas que en cada provincia querian avocarse el ejercicio del poder real, después una junta central, una regencia, una constitucion sancionada en 1812 y derrocada en 1814, después un poder absoluto, una persecucion atroz, juntas de seguridad para juzgar sin fórmulas ni garantías y la inquisicion restablecida. Después, en 1820, restaurado el órden constitucional y en 1823 restablecido el poder absoluto bajo la intervencion de un ejército extranjero, y en todos estos cambios, ¡cuantas víctimas sacrificadas, cuanta sangre derramada en los combates, cuantas persecuciones, y tambien cuantas venganzas! Y después de la muerte de Fernando, nuevo órden constitucional, estamentos y otros ensayos de organizacion política, una regencia, y durante ella, discusiones, y á consecuencia de ellas, un regente depuesto y tambien una reina desterrada; pero sobre todo, esa guerra civil, de sucesion suscitada por D. Carlos, no ha escandalizado al mundo con una série de atrocidades y venganzas que largo tiempo han destrozado á la península? Que habriamos pues adelantado si esperando nuevos progresos en nuestra civilizacion, hubiésemos diferido por mas tiempo la proclamacion de nuestra independencia? ¿No nos habrian exasperado al fin las exigencias de la metrópoli, y sus inúcuas exacciones que ya habrian comenzado con la famosa consolidacion, y nos habria sometido la España á un gobierno parecido al de Cuba, ó á un gobierno á lo Turco, sin garantías, sin límites, á un gobierno de paz, como

la que se disfruta en las masmorras, y de sociogo como el de os sepulcros?.....

Sin duda que nuestra guerra de independencia ha sido atroz, sangrienta y destructora, pero ¿á qué pueblo se ha inculpa lo jamás por los horrores de una guerra que era inevitable? Qué, ¿lo que ha sido glorioso para la Polonia y para la Grecia, lo que ha grangeado á esos pueblos la simpatía de todas las naciones civilizadas, seria un vilipendio para México? La España misma, no recuerda los estragos de la guerra de siglos que sostuvo para expulsar á los moros, y mas recientemente la que emprendió para repeler la invasion de los franceses? La España misma, no aprobó y apoyó con su poder la emancipacion de Norte-América?

Pero sobre todo, no se debe olvidar jamás que la obstinacion del gobierno español, en sostener su caduca dominacion, su desprecio de los derechos de la guerra, el fanatismo con que enardeció una contienda política de emancipacion, queriendo hacer de ella una causa religiosa, y sobre todo, el orgullo con que siempre repelió las propuestas que se le hicieron para restablecer la paz ó para hacer la guerra, como se hace entre las naciones cultas y cristianas; todo esto, digo, dió á la guerra de independencia, un carácter de atrocidad y de devastacion que de otra manera no habria tenido.

El primer periodo de esta guerra, que comprende desde el grito de Dolores hasta la traicion con que fueron hechos prisioneros en Acatita de Baján los primeros héroes; este periodo, digo, fué el mas sangriento, pero no podia ser de otra manera; era el primer impulso de un pueblo hostigado de la opresion, que se levantaba en masas, ciego y furibundo para lanzarse á los combates. ¿Qué brazo, sino el de Dios podia detener ó moderar este primer ímpetu? ¿Qué mano era bastante poderosa para encadenar al huracán que volaba enfurecido? ¿Quién po-

dia decir á aquel torrento «*entra en tu cauce y no le precipites!*» A la sola voz de *independencia*, se enardecia súbitamente en todos los espíritus la memoria siempre viva de las atrocidades de la conquista; la memoria de tres siglos de vejaciones é injusticias, de tres siglos de humillacion de la raza india, de tres siglos de privacion de tantos bienes que la civilizacion podia haber derramado en México; y estas memorias encendieron el ódio mal reprimido que la impolítica misma del gobierno español, habia encendido y conservado entre los criollos y españoles y entre las castas en que la colonia estaba dividida. Ningun plan habia podido combinarse, ni jamás se habia combinado bajo el gobierno vireinal para ejecutar la grande empresa de la emancipacion, el deseo de ella era general, ardiente é irresistible; pero no habia ni asociaciones políticas, ni clubs masonicos que la suspicacia de la inquisicion habria descubierto; no habia imprenta libre, ni medio alguno para propagar un plan político, no habia sino opresion y suspicacia, espionaje y terror, persecuciones y castigos, desde que en 1808 se habia intentado establecer en México, una junta suprema independiente. Era pues preciso que la proclamacion de independencia, apenas se anunciase con un sordo rumor como el de la tempestad que está lejana, y que estallase luego súbitamente como el rayo; que se propagase como un incendio; que el torrente de la revolucion lo arrastrase todo en su furor, despeñándose temible y formidable como el Niágara. Hidalgo, pues, se levantó como el ángel exterminador, empuñando una espada de fuego, y concitando con su voz las pasiones mas vivas del corazon, para vengar lo que Dios jamás ha dejado sin venganza, las injusticias y los crímenes, con que una nacion poderosa oprime á un pueblo débil; á un pueblo, por otra parte, inocente, noble y generoso.

Tal fué el primer periodo de nuestra guerra de independen-

cia, y no obstante, durante él, se hicieron algunas tentativas infructuosas para reprimir aquel furor. Un hombre ilustrado, el conde de Santiago de la Laguna, de Zacatecas, dirigió su voz á los contendientes y les dijo, *conciliemos nuestros intereses y nuestras pretensiones; discutamos al fin las causas de esta guerra tan extraña entre hermanos*, pero los unos no escucharon esta voz de paz, y los otros atribuyeron á traicion aquel esfuerzo tan noble y generoso. Despues Hidalgo vencedor en la batalla de las Cruces, dirigió al Virey planes de reconciliacion y de concordia que fueron orgullosamente despreciados. Ya por este tiempo, habian pasado las atrocidades que ensangretaron á Guanajuato, cuya memoria escita todavía pavor en nuestras almas, y durante esas atrocidades y las horribles represalias de Flon y de Calleja, presencié México aquel suceso que dará eterno honor al piadoso obispo Belauzarán. Flon entraba á deguello á Guanajuato; nadie habia osado presentarse ante aquel hombre sanguinario; pero un religioso dieguino, arrastra todo temor, todo peligro y tomando en la mano un Crucifijo, se presenta ante aquel Atila y con impotente voz le dice: "Cesad ya de derramar sangre inocente, os lo pido por este Dios que os ha de juzgar un dia y os ha de exigir cuenta de tantas víctimas". Aquella era la voz de la religion, y esta voz bastó para aplacar á aquel tirano. ¡Bendito sea entre nosotros, bendito sea en la posteridad el nombre de ese obispo tan ilustre que ahora vive en un claustro, como un pobre y humilde religioso.

En el segundo periodo de la guerra de independencia, en el mas glorioso, porque comprende desde las primeras hazañas memorables del general Morelos, hasta su muerte en un suplicio en San Cristóbal Ecatepec, en este periodo digo, se presentan tambien hechos que manifiestan con que empeño procuraron los ilustres caudillos de la nacion, disminuir los horrores de la guerra, escitando al gobierno español á que adoptase en ella

los principios con que en las naciones civilizadas se han mitigado sus estragos. *El Plan de paz y guerra* redactado por el famoso Dr. Cos, presentado al Virey, y que este gefe bárbaro mandó quemar en una plaza por mano del verdugo, honrará siempre ante todas las naciones á la causa nacional y á los ilustres y civilizados gefes que la sostenian, no menos que á los sábios escritores que lo apoyaban con sus esfuerzos, al paso que dará al mundo, un testimonio intachable de la barbarie é imprevision con que el gobierno español dió un carácter atroz y despiadado, á una guerra sostenida entre hombres de un mismo idioma, y de una misma religion, y que muchos de ellos tenian un mismo origen y una misma sangre. Otro suceso, manifiesta la implacable ferocidad de aquel gobierno. Habiendo sido hecho prisionero al general Matamoros, el Sr. Morelos ofreció en cange al Virey por la vida de aquel ilustre gefe, doscientos prisioneros españoles: el Virey lo rehusó, hizo pasar por las armas al general Matamoros y puso así al Sr. Morelos en la necesidad de ejecutar una espantosa represalia. Añádase á esto, la infidelidad del gobierno español en el cumplimiento de las estipulaciones y la atrocidad con que mandaba desolar pueblos enteros, como Zitácuaro, reduciéndolos á escombros y á cenizas, y se formará alguna idea, de la enorme responsabilidad del gobierno y de las calamidades y desastres que México sufrió bajo esta guerra, hasta que en el último periodo de ella, Apodaca vino á calmar su furor con un sistema de lenidad, que se pudo llamar trífalópico, principalmente cuando se compare con la conducta de Calleja que era un Neron y con las del Virey Venegas... Tal es señores muy en bosquejo, la historia de nuestra independencia, considerada con respecto á los intereses de la humanidad y de la civilizacion. En esta guerra nada hay de inhumano y de cruel, sino las represalias que la barbarie del gobierno español hizo necesarias.

Este gobierno estableció la horrible práctica de mutilaciones y el espectáculo espantoso de cadáveres puestos en escarpas después de destrozados por mano de verdugos; este gobierno, hizo fusilar sin piedad los jóvenes y las mujeres, ese gobierno, puso á talla las ilustres cabezas de nuestros héroes. Ahora, señores, veamos por un momento si es cierto como dicen los monarquistas, que la consumacion de la independencia ha hecho retrogradar la civilizacion de México, y que lejos de haber disfrutado, por resultado de nuestra emancipacion, los beneficios á que aspirábamos con ella, hemos perdido los grandes bienes con que se dice que prosperaba la nacion en el estado de colonia. Si tales calumnias fueran ciertas, desde luego que debiamos de maldecir el gran dia de Hidalgo, de Allende y de Abasolo, el gran dia en que se proclamó la nacionalidad de México; y debiamos maldecirlo con las mismas execraciones, con que maldecia Job el dia en que nació y la noche en que fuera concebido.

Pero solamente los monarquistas, dominados por un espíritu de partido, han podido desconocer, ó mas bien negar, de mala fé los progresos palpables que ha hecho México, desde la proclamacion, de su emancipacion política, y digo desde su proclamacion porque la misma guerra de independencia tan desastrosa y sangrienta como fué, contribuyó en cierto modo á la ilustracion de México. Esa guerra, en la que muchas veces combatieron aún los mismos ancianos, los niños y las mujeres, transformó en una nacion guerrera y esforzada á un pueblo abyecto y tímido, que temblaba á la voz de un déspota, y que no osaba ni aún pedir justicia cuando era víctima de la arbitrariedad de algun magnate. Este pueblo, no habia visto jamás una batalla, no tenia idea de lo que era un ejército numeroso y disciplinado, ni de las ventajas que la táctica dá á las masas organizadas; menos habia visto levantar fortificacio-

nes ni trincheras; en algunos puntos ni aún se conocía la artillería; las armas de fuego no las tenían sino unos cuantos medianamente acomodados, la pólvora casi no se fabricaba sino por cuenta del gobierno; la suspicacia de los tiranos había prohibido que los indios montasen á caballo y que llegasen á manejar armas de fuego, parecía, pues, que ningun elemento de guerra se encontraría para hacer la independencia, pero apenas esta se proclama, cuando todos se arman con cuantos instrumentos ofensivos pueden haber á la mano; por todas partes se construyen lanzas, se fabrica pólvora y municiones, se funden cañones y se establecen maestranzas; donde no hay cobre, los gefes independientes hacen cañones de madera, donde no hay granadas, los cascotes de azogue llenos de pólvora y municion suplen por ellas; en algunos sitios las mismas balas de cañon que arrojan los sitiadores sirven á los sitiados para fundir piezas de artillería; todo lo suple el ingenio escitado por la necesidad; todo se facilita, todo se apronta por el valor y patriotismo. Morelos y Rayon, Moreno y otros gefes, improvisan murallas y trincheras, levantan fortificaciones y las sostienen con inteligencia y con denuedo y tambien forman fortalezas y saben minarlas y atacarlas con maestría, como si hubieran aprendido entre los consumados generales en el arte de la guerra. Cópore, los Remedios, Jaujilla, Comanja y el Sombrero, Cuautla y Acapulco y la isla de Chapala, todos estos sitios y otros muchos, han sido fortificados ó atacados con inteligencia por los gefes independientes; por todas partes aparecen con asombro coronadas de fortificaciones, artilladas, cubiertas de guerreros montañas que antes no habitaban sino humildes pastores; y por todas partes resuena el eco del cañon entre esas montañas, cuyos antiguos moradores quizá no conocian la manera con que la artillería había centuplicado con su fuerza el poder del hombre. Hidalgo hace pasar cañones por las inaccesibles bar-

rancas de Mochitiltic; el pueblo las sube á brazo hasta las rocas mas elevadas de las montañas de Guanajuato, este mismo pueblo y entre él, las masas de indios, animados de un bélico furor, se lanzan en Calderon sobre aquellos cañones cuya metralla los destrozaba, para que nuevas masas vuelvan á reemplazar á las que están ya fuera de combate. Se conocía que no eran estos indios, aquellos á quienes Cortés había espantado con sus falconetes y cañones. Y yo pregunto, señores, todo esto aunque dirigido á hacer la guerra ¿no es una obra de civilizacion, de ingenio é inteligencia? ¿Todo esto no despierta el espíritu; no dá á los hombres animacion, sagacidad y vigor? ¿Todo esto no infunde á los pueblos nueva vida?..... Mas no era solo en las artes ofensivas, en las que se ejercitaban por primera vez los mexicanos en la guerra de independencia. Los gefes de ella necesitaban imprenta para propagar sus ideas, para propularizar sus principios, para sostener con la razon una causa tan gloriosamente defendida por el valor de los guerreros; pero no había imprenta porque el cauteloso gobierno colonial, había limitado cuanto le había sido posible el ejercicio de la tipografía, y se necesitaban licencias, informes y otros requisitos para permitir que una imprenta se estableciera. Pues bien el Dr. Cos inventó entonces su imprenta, cuyos caracteres eran de madera, y entre el estruendo del cañon entre los peligros de la guerra, trabaja en formar aquellos caracteres, con la misma paciencia y prolijidad con que Gutemberg fundía los primeros tipos de su arte prodigioso. Rayon establece las primeras casas de moneda en Zacatecas y Sombrerete, y hace explotar en el primero de estos minerales la rica mina de Quebradilla: y todo esto lo hace en los momentos que se prepara para atacar ó para resistir algun ataque. Tal era, en bosquejo, la actividad que en lo material, desarrollaba entonces la nacion. En lo intelectual esta actividad era todavía